

RAF el escritor; René, el hombre

Bernardo Ruiz

Bernardo Ruiz y René en 1982. Fotografía: Fundación René Avilés Fabila



*Estás perdido Altazor
Solo en medio del universo
Solo como una nota que florece en las alturas del vacío
No hay bien no hay mal ni verdad ni orden ni belleza
¿En dónde estás Altazor?*

Altazor. El viaje en paracaídas,
VICENTE HUIDOBRO

PARA UN ESCRITOR, ESCRIBIR ES LA VIDA. La verdadera, la íntima, la que alimenta su fuego, la que mantiene su vitalidad e interés por continuar preguntándose acerca de las cuestiones del mundo o las razones de ser; o, bien, aquellas que desea e imagina.

La escritura es huella y diferencia. Mediante la escritura un hombre se distingue de los demás de un modo identificable: su estilo. Lo personaliza y descubre: devela su rostro verdadero: el de sus procesos de pensamiento; los niveles de su sensibilidad; la profundidad e intensidad de matices con que diferencia entre sí cada ser vivo y cada objeto de los que pueblan el mundo y lo que significan esos procesos. Con su escritura, incluso agrega nuevas creaciones al universo.

En el uso del lenguaje de cada escritor se muestra su percepción del tiempo, del espacio y de la historia. A su vez, suma al inventario de técnicas posibles del uso de la palabra escrita códigos, términos y técnicas que permiten aprovechar con mayor agilidad y perfección, en lo sucesivo, el lenguaje.

Tal es la tarea de los creadores literarios: abren nuevos destinos para nuestra reflexión, sensibilidad y emociones. Asimismo, conscientes de que su reino no es de este mundo, a la manera del Dante, ofrecen orbes y dimensiones inéditas a nuestros ojos, sin los cuales la historia y la civilización serían continentes yermos, unidimensionales, tristemente habitables.

Celebro por ello la obra amplia y plural, producto de la creatividad y oficio de René Avilés Fabila en su tránsito por las edades del hombre. Obra caudalosa donde se alternaron diversidad de géneros y propuestas: las de la fantasía, las de la crítica de lo cotidiano y las miserias políticas, la expresión del amor y la intensidad de la pasión en sus diversos grados. Su trabajo no fue ajeno al reconocimiento de la valía de otros; si

bien —cuando fue necesario—, esgrimió las armas del desdén y las navajas de la ironía en más de un corredor de la vida contra quien provocara su ira, su desdén o su acendrada enemistad.

Discípulo de Cyril Connolly, Avilés Fabila reconoció que la función genuina de un escritor es producir una obra maestra y que ninguna otra finalidad tiene mayor valor. Fue capaz de afirmar como Chamfort que las pasiones hacen vivir al hombre, en tanto la cordura solamente los permite durar.

A lo largo de su vida, su credo se basó en la rebeldía y el desprecio de los autoritarismos y los absurdos de doctrinas e ideologías. Para ello se hizo de una formación muy vasta que le permitió argumentar con solidez a lo largo de su obra en favor de la libertad con pleno desprecio contra la injusticia y los abusos del poder.

A la par, y digna de ejemplo, fue su dedicación al amor como una obligación soberana. Gran parte de su obra se interroga respecto a las manifestaciones y sentido del amor, desde *Tantadel* hasta *El amor intangible*, su obra está poblada de ejemplos. Como hombre de diversos reinos, se internó en las amplias selvas de la lectura y, durante numerosas jornadas y épocas de su vida, invirtió su tiempo y hacienda en multiplicar y extender estos horizontes apostando por la multiplicación de los libros, por su comprensión y por su difusión.

Un ejemplo repetido de ello lo tenemos durante su gestión en la Coordinación General de Difusión Cultural de la UNAM y posteriormente durante dos ocasiones en la Cordinación de Extensión Universitaria de la Unidad Xochimilco de la UAM.

Esta actividad, incluso, la replicó en su vida cotidiana mediante la creación de *El Búho* y *El Universo del Búho* que fueron piedra de toque para decidirlo para la creación de la Fundación René Avilés Fabila, con sus colecciones de libros Poliedro de El Búho (con el IPN) y, desde hace unos años, en la colección con su nombre para jóvenes escritores que le dedica la BUAP.

Subráyese que el más intenso trabajo de René en la Fundación se centró los últimos quince años en la promoción del Museo del Escritor, que pudo demostrar su potencial y dimensiones en un espacio de la Delegación Miguel Hidalgo del entonces Distrito Federal. Su efímera presencia se marchitó con el tránsito sexenal que acaba preferentemente con las buenas ideas, pero conserva con cuidado extremo vicios y corruptelas.

Es dolorosa la conclusión de RAF en torno a esta experiencia: “Fue un error lamentable pensar que podría contribuir al desarrollo cultural de México. Para ser altruista o se es multimillonario o amigo del presidente en turno y ninguna de ambas cosas soy. Pensar que en el gobierno actual exista alguna sensibilidad cultural, es una completa locura”.¹

Avilés Fabila enseñó el oficio de la escritura con asiduidad a los jóvenes y los apoyó infatigable con generosidad y paciencia. Sus alumnos y discípulos han sido muchos, con propia valía; y algunos a través del tiempo aprendieron a disfrutar de su amistad.

Ajeno a cualquier torre de marfil, Avilés Fabila recorrió el país dando cursos y conferencias. Su casa por muchos lustros, la Universidad Autónoma Metropolitana, lo reconoció como uno de sus profesores distinguidos; es decir, como un maestro excepcional.

Quien lea a RAF con la mirada de Italo Calvino descubrirá a lo largo de su obra un estilo donde compiten la levedad y la velocidad. Si la lectura fuese cronológica, el lector descubrirá una constante preocupación del autor por concentrar su pensamiento, evitar la digresión inútil y diferenciar a sus personajes con precisión. De modo semejante, observará la versatilidad del aprovechamiento de la experiencia biográfica en un amplio número de variantes posibles de diversas existencias, junto a una capacidad de observación cada vez más

¹ En *La Crónica de hoy*, mayo 6 de 2015: <http://www.cronica.com.mx/notas/2015/897183.html>

aguzada, cuyo crisol tiene como marca de fábrica el predominio e influencia de tres literaturas notables: la francesa, la norteamericana y la latinoamericana.

Si bien Avilés Fabila evita el preciosismo en favor de una visión realista, no deja su prosa de acusar elementos propios de un íntimo romanticismo —particularmente en el ejercicio de la literatura fantástica, sea en relatos, novelas o de manera destacada y excepcional en *El amor intangible*—. Mas está el contrapunto rabelesiano: ese gusto por el exceso o por situaciones extravagantes que se dan en libros como *La canción de Odette* o *El reino vencido* que muestra el escepticismo e ironía que gustaba él de multiplicar en su prosa, como lo demuestra en particular en *Tantadel*, o en *Réquiem por un suicida* o *De sirenas a sirenas*. Para este lector, estos dos títulos junto con *Los oficios perdidos* y *Lejos del edén la tierra* son obras excepcionales que ameritan un lugar especial en toda biblioteca. *El evangelio según René Avilés Fabila*, *Tantadel*, *El libro de mi madre*, y la *Antigua grandeza mexicana* deben ser vistos como libros esenciales para cualquier estudio de las altas proporciones de la obra de RAF. Aunque la conversación íntima con él estará siempre al alcance en *Recordanzas* y en *Nuevas recordanzas*.

Como ciudadano, como miembro de la *polis*, René Avilés contempló el ahora y perfiló el mañana con sus crepusculares luces y sus cada vez más alargadas sombras. Nada humano le fue ajeno. Apasionado de la política, despreció a los políticos. Defendió con decisión su *dictum* y para apuntalar sus afirmaciones aprovechó su conocimiento de la historia, además de las enseñanzas de los grandes universitarios que fueron sus maestros. Donde otros concedieron, Avilés Fabila alzó las proporciones de cada bastión bajo su vigilancia y jamás cedió.

Vivió al ritmo de la época, no le amedrentó el destello del cursor en el procesador de palabras, ni abandonó por ello a sus plumas fuente. Distinguía de golpe, de puro oído, a Shakira de Carla Bruni, claro; dominó los recovecos de *Google* y tuvo miles de interlocutores en *Facebook*. Nunca se arrepintió de la fatigosa multiplicación de las páginas HTML en su sitio, ni en sus diversos *blogs* y cada número mensual de *El Búho* se incluyó en sus latifundios virtuales.

Gustaba competir con Rubén Bonifaz Nuño en galanura y elegancia, y lo retó en más de una ocasión a conquistar a alguna bella con reto osado: “Hermano, lo que no pueda uno, lo intenta el otro”.

Podré recordar siempre su familiaridad con las artes visuales y con la música de los grandes clásicos; cabe reconocer su gusto por el Rock and Roll, así como su *expertise* al volante de su Mustang, y su obsesión por el orden.

Pocos de mis colegas han sido amenos como Avilés Fabila en un encuentro literario, en un congreso, en la presentación de un texto, en una feria de libro o en el Palacio de Bellas Artes. Lo sabemos bien amigos y antagonistas.

A este discípulo de Juan Rulfo, Juan José Arreola y José Revueltas se le podía citar en *La casserole*, el San Ángel Inn o el *Naples Pizza* de New Haven, en el Prendes o en la Hostería de Santo Domingo y sabíamos que estaría a sus anchas. Se sentía igualmente a gusto en el Salón Palacio, La Valenciana, La Providencia o El Gallo de oro, como en “el mar” de Aguascalientes, o en el Jockey Club.

Tenía René una ejemplar entereza y solidaridad.

Quiero recordar: invitados al *honoris causa* de Bonifaz Nuño en Colima, allá por septiembre de 84, René fue el único que se quedó firme en la cantina, en espera del desenlace de la batalla campal entre

borrachos, frente a nosotros, por alguna damisela. Nuestros compañeros de mesa habían huido despavoridos; pero nosotros protegimos a nuestra desamparada botella de whisky con una responsabilidad aprendida el 13 de septiembre de 1848.

La cultura de René iba más atrás de Bizancio y no terminaba en las playas del *boom* ni en los arrecifes del posmodernismo. RAF sabía bien quiénes eran los Simpson o los *X-men* y los Pitufos. Alguna tarde muerta en Campeche, nos fuimos con Rosario a ver *Supermán I*, sin el menor pudor, antes de ir a su conferencia acerca de *El gran solitario de Palacio*.

Bien podía René disertar, rumbo a Tlahuapan, acerca de Borges o de Nerval con Ángel Flores; ponerse a disparar por ociosos sus .38 y .22 con Tola y Montemayor —con las protestas y el escándalo de fondo de las preocupadas esposas—; o desgranar anécdotas del Centro Mexicano de Escritores en alguna hora Hemingway en Sanborns. Jamás puso reparo a la hora de compartir la cuenta ya en el Rodas, ya en La Reina o en el Nuevo León.

En fin, con René siempre había algo nuevo por hacer, por comentar y mucho por recordar o reír todavía en el express o en el whisky del estribo: que si las cenas de los martes en el Rafaello con Mijangos, Rocío Villagarcía y Valencia; acuérdate de aquella comida con Griselda Álvarez, De la Madrid y Sebastian; “les voy a explicar por qué Ruiz me dice *mon chef*”; “quién se apunta en el arranque del ciclo de conferencias con Sogem, De Garay y el IPN”; o la manera en que le contaba a Chumacero la tarde en que, tras la inauguración de la Escuela de Escritores en Puebla, “por andar de escoltas de José María Fernández Unsaín, al regreso —en la última caseta—, nos detuvo, rodeó y encañonó con cartucho cortado la Federal de Caminos a Eraclio Zepeda, a Alejandro Rendón y a los restantes colegas de la comitiva, con el argumento de que traíamos secuestrada a Ethel Krauze...”. Solamente la sangre fría de Unsaín contuvo el malhadado desenlace aquella tarde; aunque las malas lenguas afirman que a Laco le ganó el miedo.

Muchas anécdotas quedan en el recuerdo. Hay otras en *Remembranzas*, o en sus secuelas; junto con otras, que jamás se escribirán. Queda igualmente la leyenda. Pero René no se ha ido, quedan sus libros, sus discípulos, sus enseñanzas. Nuestra literatura perdió un escritor de valía el 9 de octubre de 2016. En mi caso, perdí un amigo magnífico con quien compartí vida y literatura desde 1981. Eso no es fácil de comprender, René. Tenemos una cita pendiente. 